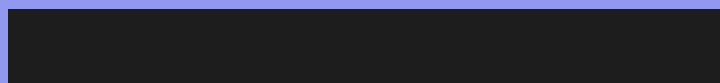
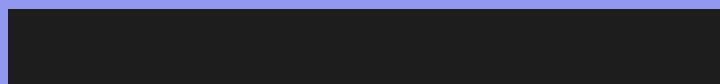


Futuros desiguales

Jóvenes, creencias y expectativas
en el Gran Buenos Aires



Serie:
Monitor de barrios
populares

Daniel Hernández
Instituto Universitario CIAS

Futuros desiguales

Jóvenes, creencias y expectativas en el Gran Buenos Aires

Daniel Hernández
Instituto Universitario CIAS

Sobre CIAS

El Centro de Investigación y Acción Social (CIAS), fundado en 1956, es una institución de los jesuitas en Argentina dedicada a la investigación social y a la formación de líderes políticos.

Sobre Fundar

Somos un centro de innovación en políticas de desarrollo que busca impulsar transformaciones estructurales para la Argentina y Latinoamérica. Creemos que innovar es pensar nuestros problemas desde un punto de vista integral y ofrecer soluciones concretas que puedan ser aplicadas y testeadas de manera situada. Nuestro objetivo es que esas soluciones contribuyan al desarrollo de Argentina y de América Latina. Trabajamos por una región productiva y sustentable, estable, inteligente y conectada, y de bienestar compartido.

Sobre el desafío Bienestar compartido de Fundar

La igualdad de oportunidades es el punto de partida para que el bienestar no sea privilegio de unos pocos, sino un horizonte compartido por la mayoría. Argentina tiene una deuda urgente: en los últimos 20 años la pobreza nunca bajó del 25% y hoy afecta al 35% de la población. La informalidad laboral alcanza el 42% de las personas ocupadas y hay más de 6400 barrios populares sin acceso a servicios básicos. Sin bienestar no hay desarrollo sostenible, no hay cohesión social y no hay legitimidad democrática.

Cita sugerida

Hernández, D. (2026). [Futuros desiguales. Jóvenes, creencias y expectativas en el Gran Buenos Aires](#). CIAS - Fundar.

Esta obra se encuentra sujeta a una licencia [Creative Commons 4.0 Atribución-NoComercial-Sin-Derivadas Licencia Pública Internacional \(CC-BY-NC-ND 4.0\)](#). Queremos que nuestros trabajos lleguen a la mayor cantidad de personas en cualquier medio o formato, por eso celebramos su uso y difusión sin fines comerciales.

Resumen ejecutivo

Contexto del problema

En Argentina, muchos jóvenes creen todavía que el estudio y el trabajo son las llaves para abrirse horizontes de progreso personal. Esta creencia es, en una medida importante, lo que sostiene sus esfuerzos cotidianos. También es un principio fundamental de integración a esa “comunidad imaginada” que es la nación: un espacio social donde todos podemos acceder a esas herramientas básicas que nos permiten proyectar un futuro mejor. Pero entre sostener esa creencia y tener las condiciones reales para convertirla en un proyecto que organice nuestras vidas, la distancia puede ser muy grande. A veces infranqueable.

Este artículo compara las narrativas de futuro de dos grupos de jóvenes que viven en mundos profundamente distintos: por un lado, jóvenes que crecieron en familias de altos ingresos, con acceso a escuelas privadas, universidades de élite, densas redes de apoyo y amplios horizontes para explorar; por otro, jóvenes que crecieron en barrios populares, en hogares atravesados por el trabajo precario, la fragmentación familiar y el esfuerzo cotidiano por sostener lo básico. Nos preguntamos cómo unos y otros construyen las imágenes de futuro que guían sus decisiones presentes.

Nos proponemos mostrar que la distancia entre ambos grupos es tanto material como narrativa y que eso está generando una fractura que la sociedad y la política contemplan todavía sin reacción. La creencia en que el estudio y el trabajo permiten a cualquiera progresar, sin importar el origen social, fue algo más que un ideal: funcionó históricamente como una narrativa colectiva que dio sentido a las trayectorias personales y a las dinámicas sociales. La Argentina agroexportadora incorporaba a la población inmigrante a través de la escuela pública. Posteriormente, el peronismo integró socialmente a las masas a través del trabajo y la expansión de derechos. Sin embargo, desde el retorno de la democracia, el país ha sido incapaz de frenar el deterioro de los mecanismos que hacían creíbles estas promesas de inclusión. Lo que hoy estamos observando es que, si bien esa narrativa sigue viva en muchos jóvenes, la distancia entre la promesa y las condiciones para realizarla está alcanzando un umbral en el que se pone en duda su credibilidad.

Hallazgos principales

- El estudio muestra que, mientras los jóvenes de hogares de altos ingresos construyen imágenes del futuro llenas de detalles, con hitos claros a alcanzar y múltiples alternativas, los jóvenes que crecieron en barrios populares apenas logran sostener expectativas y estas se tambalean frente a la falta de apoyo y recursos para hacerlas realidad. Para los primeros, el futuro se parece a un mapa con caminos por explorar; para los segundos, a un salto incierto. Se narran como héroes de una historia que los enfrenta a enormes dificultades y en la que se juega su destino a cada momento.
- La distancia entre ambos grupos es tanto narrativa como material. Los jóvenes de familias de altos ingresos acceden a ecosistemas de crianza densos y articulados, con múltiples recursos coordinados. Sus historias reflejan esfuerzos individuales que se apoyan en una intensa trama social: están pobladas de personas (padres, amigos, hermanos, profesores, compañeros) e instituciones (escuela, universidad, club). Los jóvenes de barrios populares, en cambio, crecen en ecosistemas fragmentados y precarios. Describen familias débiles, monoparentales, sin trabajo fijo, con pocos ingresos y ubicadas en un ecosistema de servicios deteriorados, con una infraestructura precaria y un entorno social peligroso.

- En ese marco, muchos jóvenes de los sectores populares perciben que "hacer las cosas bien" no garantiza resultados porque los desenlaces son siempre inciertos. Tan frágiles se perciben las posibilidades de concretar sus sueños que, a veces, se vuelve preferible evitar su enunciación, como revela el comentario de una de las entrevistadas: "En mi familia cada uno tiene un sueño, pero mucho no lo contamos porque los queremos cumplir, no queremos que se estropeen (...) a veces como que vos pensás que va a salir todo bien, pero siempre puede haber una piedrita que te estropea todo y sale todo mal".
- Los jóvenes de familias de altos ingresos se presentan como actores cuyo protagonismo está sostenido en un entorno social que invierte en ellos y valida sus expectativas futuras. En contraste, los jóvenes de los barrios populares narran historias en las que sostienen sus expectativas a partir de su propio esfuerzo individual contra un entorno adverso y peligroso. Los primeros son actores de un orden social que invierte en ellos y reconoce sus logros, los segundos héroes que deben crear sus propias posibilidades ante un destino que a cada paso parece negárselas. En ese sentido, el individualismo de sus relatos no resulta una afirmación ideológica sino fundamentalmente empírica.

Índice

Futuros desiguales

Jóvenes, creencias y expectativas en el Gran Buenos Aires

7	El estudio
7	Las historias
	El contenido de las historias
	Detalle y elaboración de las historias
	La organización temporal
	La experiencia del futuro
14	Los mundos en los que se forjan las historias
	Ecosistemas de crianza densos y articulados
	Ecosistemas de crianza precarios, fragmentados, peligrosos
19	Los protagonistas de las historias
	Protagonismo socialmente sostenido
	Protagonismo heroico
22	Consideraciones finales
24	Bibliografía
26	Anexo

El estudio

Las narrativas son formas de seleccionar y ordenar temporalmente eventos que experimentamos en nuestra vida para darles algún significado y coherencia (Somers, 1994; Bruner, 2002). Narrar es contar historias, pero, al mismo tiempo, es dar cuenta del mundo en el que ellas transcurren y definir los actores que las animan (Herman, 2009). Nuestro análisis se detendrá en tres componentes de las narrativas: (1) las historias de progreso mismas que ambos grupos de jóvenes cuentan —sus imágenes de futuro, su estructura, la forma en que se las vive—, (2) el mundo o contexto en el que estas se forjan y (3) sus actores o protagonistas.

El estudio se basa en cincuenta entrevistas a jóvenes de 16 a 24 años, veinticinco para cada grupo. En el primero, la mitad vive en barrios cerrados y la otra mitad en zonas de alto poder adquisitivo del conurbano norte o CABA¹. Las entrevistas a jóvenes de barrios populares fueron seleccionadas de una muestra más amplia de ochenta testimonios obtenidos entre 2024-2025, en el marco de la investigación "La narrativa rota del ascenso social" (Hernández y Zarazaga, 2025)². Allí se evidenciaba que el 40% de los jóvenes de barrios populares seguían relatando su vida a partir de la narrativa del ascenso social (aunque con serias dudas sobre sus posibilidades de realizarla) mientras que otro 20% reducía sus aspiraciones al mínimo y otro 40% directamente las abandonaba. Para este trabajo se decidió trabajar solo con el primero de los grupos: los 25 jóvenes que todavía mantienen narrativas de ascenso social.

Las historias

Vivimos en sociedades atravesadas por una creciente incertidumbre sobre el futuro. Sin embargo, para dar sentido y dirección a nuestras decisiones presentes necesitamos formarnos alguna idea de lo que vendrá. Esta tensión entre la incertidumbre del porvenir y la necesidad de construir una imagen de futuro es clave para comprender cómo los jóvenes van organizando sus vidas y narrando sus historias.

Independientemente de su origen social, ellos construyen expectativas sobre su futuro. Juliana (18) se ve como "gerenta de una corporación de finanzas"³, Lucrecia (18), "comenzando desde abajo como contadora en una empresa"⁴, Feliciano (18) "viajando por el mundo para cerrar tratos comerciales"⁵, Delfina (19) "enseñando a niños en una escuela"⁶, Camila (21), simplemente "teniendo un

1 De ellos, 18 crecieron en familias nucleares tradicionales (promedio de 2,5 hijos); los 7 restantes en familias reconstituidas, residiendo con madres y padrastros. Los padres son principalmente empresarios (15 casos) o profesionales/funcionarios (10 casos). Las madres son profesionales (13), empresarias (4), docentes universitarias (3) o artistas (2); solo 2 se dedican exclusivamente a la crianza. El promedio de edad es 19,6 años (13 mujeres, 12 varones). Todos cursaron o cursan la escuela secundaria, 3 todavía no la terminaron y 22 ya están cursando carreras universitarias, mayormente en instituciones privadas. Las carreras elegidas: 9 en ámbito empresarial, 5 en sector público, 4 en salud, 2 en arquitectura y 2 en docencia/investigación.

2 Todos provienen de barrios populares del AMBA. 8 familias tienen ambos padres conviviendo (5 con ambos trabajando); 17 son monoparentales, a cargo de madre, abuela o hermana mayor. Las madres trabajan en servicio doméstico, cuidado, servicios personales o repostería. El promedio es de 3 hijos por hogar. 15 son mujeres y 10 varones (promedio 19,4 años). 13 completaron secundaria, 5 la cursan y 7 la abandonaron. 20 asistieron a escuelas públicas. 4 aspiran a carreras universitarias, la mitad busca trabajo en sector público (docencia o fuerzas de seguridad), 6 proyectan trabajo privado o emprendimientos, y 5 aspiran a ser estrellas deportivas o musicales. 18 trabajan actualmente, 3 tienen hijos y 5 viven en pareja.

3 Entrevista N° 30, 30/11/2024.

4 Entrevista N° 17, 22/8/2024.

5 Entrevista N° 26, 28/11/2024.

6 Entrevista N° 4, 3/7/2024.

Las historias

trabajo fijo, mi casa y mis cosas en un barrio donde mi hijo pueda crecer bien”⁷. Estas imágenes, aunque están en constante revisión a partir de las sucesivas experiencias, les sirven para explorar posibilidades, tomar decisiones y dar coherencia a sus historias. En este apartado analizaremos comparativamente las historias que los jóvenes cuentan enfocándonos en cuatro aspectos: el contenido específico de sus imágenes de futuro, el nivel de detalle con que las describen, la estructura temporal de sus narrativas y la forma en que experimentan sus posibilidades futuras (Mische, 2009).

El contenido de las historias

Los jóvenes de familias de altos ingresos aspiran a ir a la universidad y terminar sus carreras, para luego convertirse en gerentes, empresarios, dirigentes políticos, asesores, profesionales. Sus proyecciones incluyen formar una familia, tener un lindo lugar para vivir, viajar y conocer otras realidades y, a veces, estudiar en el extranjero. En buena medida estas narrativas reproducen las trayectorias de sus padres, que ya han desarrollado carreras profesionales o empresariales exitosas y han construido los contextos familiares en los que ellos crecieron y que valoran.

Feliciano (18), por ejemplo, cuya madre dirige una empresa familiar dedicada al comercio internacional, se imagina “viajando por el mundo, reuniéndose con gente importante y llegando bastante lejos”. Cecilia (20), hija de un profesional y una empresaria, se imagina poniendo en marcha su propio centro de salud, aunque expresa cierta ansiedad respecto a su vida familiar: “me da un poco de miedo no tener una familia como la mía”. Por su parte, Corina (20), estudiante de arquitectura interesada en la sustentabilidad, planea viajar antes de establecerse en “una vida tradicional” con “pareja, hijos, jardín y pileta”.

El mundo que estos jóvenes imaginan es, en gran medida, una prolongación del que vieron en sus padres y que vivieron en su familia.

Aunque la diferenciación —e incluso la rebelión contra expectativas heredadas— es una posibilidad abierta, sólo unos pocos jóvenes entrevistados la reconocen. Rosendo (21) no acepta “el camino que debía seguir”, inició y abandonó estudios en humanidades y aún no define su rumbo; Valeria (20) quiere irse del país porque se siente “ahogada por su familia”.

En los barrios populares, solo cuatro de los veinticinco jóvenes entrevistados aspiran a continuar estudios universitarios. El resto relata ideas de futuro que incluyen un trabajo estable (como docencia o fuerzas de seguridad), ser futbolistas o cantantes, o poner un negocio. Estas imágenes contrastan significativamente con las experiencias de sus padres; aspiran a ser distintos a ellos, quieren progresar. Luisa (16), que quiere ser profesional, dice: “Mis papás quieren que estudie, que no termine como ellos”. Lucila (18) expresa: “Somos la primera generación que estudia. De pequeña siempre nos inculcaron la importancia de la educación para salir del barrio, independizarnos y ser alguien”.

Estas imágenes contrastan significativamente con las experiencias de sus padres; aspiran a ser distintos a ellos, quieren progresar.

Esta diferenciación no se limita a quienes buscan seguir estudios superiores: acceder a un trabajo estable también es visto como un progreso. En dieciséis de las veinticinco familias, los padres carecen de empleo estable, y sus trabajos actuales apenas cubren las necesidades básicas. El caso de

⁷ Entrevista N° 8, 20/8/2024.

Las historias

Gastón (19) ilustra esta realidad: vive con dos hermanos y su madre que siempre “luchó como una guerrera, sola, sin la ayuda de nadie; laburando todos los días hasta las tres o cuatro de la mañana para que, si a veces no comíamos a la noche, al otro día tuviéramos para desayunar y almorzar”. Él aspira a un empleo formal en una fábrica, con horario fijo y beneficios sociales que le proporcionen estabilidad para formar una familia.

La idea de progreso también se expresa en la expectativa de dejar el barrio y vivir en otro lugar. Gianluca (22), que es uno de los doce jóvenes que quiere irse a vivir “lejos del barrio”, cree que este “es el objetivo de todos, nadie quiere vivir y morir acá. Si pensás a futuro en tener una familia no te gustaría que tus hijos crezcan acá, con gente fumando, tiros que se escuchan a las tres de la mañana”. Natalia (21) coincide con Gianluca: “el que no sale de acá no progresa, no conoce otros mundos, está rodeado todo el tiempo del redondel que es el barrio. Cuesta salir”.

Detalle y elaboración de las historias

Las diferencias entre ambos grupos no solo se ven en el contenido y la relación de las historias con el pasado familiar, también se manifiestan en el grado de detalle y elaboración. Los jóvenes de familias de altos ingresos construyen narrativas que, aún reconociendo la incertidumbre sobre el porvenir, detallan metas, identifican hitos intermedios, anticipan obstáculos, evalúan recursos necesarios y proyectan decisiones futuras considerando distintos escenarios.

El caso de Cecilia (20) ilustra el grado de detalle que alcanza la imagen del futuro. Estudiante de psicopedagogía, planea terminar la carrera en dos años más y, luego, completar materias adicionales para ser psicóloga. Cuenta que su sueño es instalar un centro para personas con discapacidad en donde estas puedan abordar integralmente sus problemas. Analiza que eso no será una tarea fácil porque se requiere una inversión fuerte para contratar profesionales de diversas disciplinas y acceder a insumos que son caros. Además, sabe que para eso necesita mucha experiencia y, por eso, apenas se reciba planea trabajar en escuelas donde los problemas de discapacidad aparecen en contextos reales, lo que no sucede “cuando atendés en un consultorio”. También piensa que para poder hacer eso tendrá que mudarse más cerca de la capital y posponer la formación de una familia, aunque no demasiado, no le gustaría tener hijos de muy grande.

Otras narrativas menos planificadas que la de Cecilia están presentes en este grupo, pero no por eso dejan de ser representaciones muy elaboradas. Karina (18), que estudia ingeniería industrial en una universidad privada, mantiene abierto su futuro laboral y prefiere “dejar que las cosas fluyan”, pero sabe que la inversión que está haciendo en su carrera le abre enormes posibilidades que la universidad misma le ayudará a explorar. Aun así, se imagina con altas responsabilidades en una empresa, moviéndose “entre la oficina y la planta”, probablemente en el sector energético o automotriz o, tal vez, iniciando una empresa como su padre. Tiene claro que no quiere seguir dependiendo de sus padres a los 30 y que antes de los 40 espera haber formado una familia con hijos.

Otros proyectos están estructurados en torno a carreras profesionales que definen trayectorias formativas prolongadas y con etapas claras. Elena (19) ve su camino ya trazado para los próximos diez años por la carrera que eligió (medicina). Luego de completar los años de cursado, hará algunos años de residencia para después comenzar a trabajar en el hospital. Es consciente de que su profesión —su madre es médica— será un organizador de su vida y que tendrá que aprender a compaginar la dedicación que exige su futura profesión con la formación de una familia.

Estos ejemplos ilustran lo que sucede en casi todos los jóvenes entrevistados del grupo de altos ingresos: hay historias articuladas por imágenes de futuro que, aún provisionales y revisables a la luz de nuevas experiencias, dan orden y sentido a las decisiones y esfuerzos presentes. Los temores, cuando aparecen, se centran en no lograr articularlas o no poder sostenerlas: Brian (18) se “desesperaba” porque las primeras opciones no le funcionaron; Rosendo (22) se rebela contra su destino y

Las historias

se siente “un poco perdido”; Ester (17) teme “no estar a la altura” de las exigencias académicas de la universidad; y Juliana (18) se pregunta si podrá mantener la disciplina para avanzar en el camino que se ha trazado o si pasará algo inesperado que le desordene su mundo.

Por el contrario, las imágenes de futuro que describen los jóvenes de barrios populares tienen muy poco desarrollo. Sus preocupaciones se concentran en el deseo de salir de su situación actual más que en el detalle de sus metas. La desarticulación de la narrativa, que en el grupo anterior aparece como una posibilidad a la que se teme, es una característica omnipresente. Las imágenes del futuro siempre parecen estar desarmándose. Las experiencias que atraviesan cuestionan sus expectativas y muchas veces hacen difícil sostenerlas. Esto hace que los relatos se concentren en los obstáculos y las posibilidades de superarlos, dejando el futuro como un horizonte sin detallar.

Los varones que se plantean ingresar a una fuerza de seguridad concentran sus relatos en la necesidad de retomar o finalizar la secundaria, en el dilema de contribuir al sostén de sus hermanos o estudiar, en la duda sobre si podrán ordenar más su vida para poder llegar a eso. La descripción del porvenir, en cambio, tiene menos desarrollo y se forma a partir de lo que ven en televisión (“veo Policías en acción”) o de su experiencia cotidiana (“quiero sacar a los narcos de los barrios”). Solo uno de ellos ha buscado información de manera sistemática sobre el tipo de trabajo y de vida que se lleva en el ejército.

Quienes aspiran a ser futbolistas o cantantes reconocidos concentran sus narrativas en un momento específico: el improbable “golpe de suerte” que revelaría o confirmaría su talento. Se trata de entrenar y esperar a “que te vean”, ver “si se da”. Como explica Ramiro (20): “capaz que vos tenés el talento, pero tiene que haber alguna persona que te tiene que escuchar y que le interesa la plata que vos le puedas llegar a dar”. La imagen más detallada del futuro que sigue al golpe de suerte es completada por el material que proporcionan los medios y los modelos que representan los iconos de cada actividad.

Las mujeres que aspiran a ser docentes se informan más sobre los lugares y las condiciones para iniciar la carrera, y tienen una descripción más precisa de sus metas (trabajar en una escuela o en un club, siempre con niños pequeños, para independizarse y formar una familia fuera del barrio). Sin embargo, sus narrativas también se estructuran en torno a la superación de obstáculos más que al contenido de sus proyectos. Violeta (17), que el próximo año comienza el profesorado de educación física, ha acordado con sus hermanas no hablar de sus sueños. “En mi familia cada uno tiene un sueño, pero mucho no lo contamos porque los queremos cumplir, no queremos que se estropeen. Antes nos decíamos, no sé, tenemos un futuro de ser médicos. Pero ahora no lo decimos para que se cumpla más en nosotros mismos, preferimos hacerlo cada quien por su lado. Por ahí a veces no te sale como vos esperabas que salgan las cosas, a veces como que vos pensás que va a salir todo bien, pero siempre al último puede haber una piedrita que te estropea todo y sale todo mal”. La sola enunciación del sueño revela su fragilidad.

Tampoco Lucila (18), que comenzó a estudiar el ciclo básico en la universidad pública, quiere hablar mucho de su sueño (ser diseñadora y diseñar su propia ropa), pero antes tiene que pensar en conseguir un trabajo para mantenerse —uno que no le impida seguir estudiando— y lograr algo que nadie en su familia pudo todavía lograr: tener su propio lugar “fuera de este barrio”. Lucrecia (18) también baja el tono de su voz cuando describe su futuro: quiere, “si se puede”, recibirse y empezar “de abajo” como contadora en una empresa y tener “cuatro paredes y un techo” para vivir con su pareja en otro lugar. Prefiere no hablar mucho de eso porque antes tiene que superar el bloqueo que siente frente a cada parcial y las crisis de angustia que eso le produce: “como la escuela no me preparó, sufrí mucha ansiedad”. Además, piensa que no puede seguir siendo por mucho tiempo una carga para sus padres y tiene que conseguir un trabajo.

La organización temporal

Además del contenido y el grado de detalle, las historias se diferencian por su organización temporal. En los jóvenes de familias de altos ingresos, los relatos se organizan en dos momentos claramente diferenciados: uno de *preparación*, caracterizado por la dependencia familiar, y otro de *realización*, definido por la autonomía futura. Sus narrativas describen el inicio de una transición desde la preparación hacia la realización y desde la dependencia hacia la autonomía. En los jóvenes de barrios populares la separación entre ambos momentos es prácticamente inexistente. La fase de preparación termina entre los 15 y los 18 años, edad en la que ya “no da” seguir dependiendo de la familia y es necesario generar ingresos propios. Preparación y vida activa se superponen.

Entre los jóvenes de altos ingresos, la fase de preparación sitúa al estudio como eje central, en torno a la cual se reorganizan las demás actividades. La aspiración a una mayor autonomía —asociada a la obtención de ingresos propios y, por tanto, a algún trabajo— se pospone para proteger el tiempo dedicado a la formación. Como señala Karina (18), estudiante de ingeniería: “En los primeros años de carrera no creo que pueda empezar a trabajar en nada fijo, la facultad no te deja, por los horarios que hay y por el estudio”. Cuando el trabajo se considera, es principalmente con fines formativos: “más adelante sí, además casi también te lo empiezan a incentivar [en la universidad]: ‘ahora empezó a aplicar todo lo que estás aprendiendo’”. Quienes tienen más de 21 años y ya se encuentran avanzados en sus estudios suelen obtener trabajos que les sirven como formación y transición hacia el mundo laboral. Víctor (24) todavía vive con sus padres; terminó la carrera en una universidad privada y está haciendo un posgrado en otra. Quiere ser asesor político de alto nivel. Comenzó a trabajar a los 20 años manejando redes sociales de la empresa familiar y luego pasó a ser asesor de dirigentes en esos mismos temas. Si bien disminuyó el ritmo de trabajo para terminar la carrera, retomó recientemente la actividad como funcionario de un municipio. Considera que el trabajo que está haciendo es parte de su formación.

Otras actividades importantes —deporte, vida social, uso de redes sociales— se subordinan al estudio. Karina (18) dejó el hockey hasta acomodarse en la facultad. Juliana (18), profesional en ese deporte, por ahora lo mantiene, pero piensa ir reduciéndolo. Feliciano (18) ha disminuido la práctica de fútbol y las tardes en el gimnasio “por las pruebas”. Si bien los entrevistados manifiestan el deseo de “tener mi propia plata para mis gastos” y realizan trabajos ocasionales (clases particulares, diseñar piezas gráficas, productos artesanales, gestoría por internet), reconocen y asumen que es el apoyo de la familia lo que hace posible dedicarse al estudio y sostener su vida. Ven su dependencia actual como condición para su autonomía futura: “mi meta es independizarme, vivir de lo que estudié, que me vaya bien y ser feliz. Igual tengo tiempo para tomar eso, siento que mis papás me pueden aguantar. Pero bueno, yo igual más allá de eso, intentaría hacerlo lo más rápido que pueda”, dice Manuela (19), que está comenzando a estudiar finanzas.

Otra característica de la organización de los relatos es la anticipación de hitos cuyas fechas se estiman con cierta precisión: terminar la facultad alrededor de los 24 años, viajar para conocer otros lugares (antes o inmediatamente después de recibirse), conseguir el primer trabajo “en serio” (idealmente antes de los 25), irse a vivir solos (nunca después de los 30) y, en la mayoría de los casos, formar una familia propia (después de los 30).

Entre los jóvenes de barrios populares, la separación entre un momento de preparación y otro de realización es prácticamente inexistente.

Dieciocho de los veinticinco entrevistados trabajan actualmente, tres buscan empleo para sostenerse y aportar a sus hogares de origen, y otros tres deben mantener a sus propios hijos. Los trabajos más frecuentes se concentran en sectores como albañilería, limpieza, servicios personales y trabajo comunitario. La mitad de ellos comenzó a trabajar antes de los 16 años.

Las historias

En este contexto, la generación de ingresos se solapa y coexiste con la preparación para el futuro; a esta edad la dependencia de la familia se vive como inaceptable. El caso de Luciano (18) ilustra esta realidad: ha retomado sus estudios en un bachillerato porque quiere ser gendarme pero, mientras tanto, trabaja en un depósito que concentra la chatarra que traen los carros de los vecinos. Vive con su madre, que tiene a su cargo a sus seis hermanos menores y trabaja de niñera. Los ingresos que él obtiene son para sostenerse él mismo y contribuir al sostenimiento de la casa, “con lo de mi mamá no alcanza”. De igual modo, Lucrecia (18), que ha empezado la universidad, está buscando trabajo. “Por suerte —dice ella— toda la familia me apoya. Pero, aunque mis papás trabajan los dos, yo quiero trabajar porque no da que te mantengan a esta edad. Yo sé el esfuerzo que hacen. El tema es que consiga un trabajo y que me respeten el horario de la facultad”.

Esta tensión entre la imaginación de futuro y las necesidades presentes estructura múltiples relatos. Gastón (19) trabaja desde los 15 años, terminó la escuela, pero decidió no seguir: “en el futuro me veo más trabajando que estudiando porque ya me gusta tener mis cosas, no me veo pidiéndole nada a mi mamá. Están caras las cosas, y yo sé que está sola y le cuesta. Estudiar también me gusta, pero yo ahí ya le voy a tener que pedir cosas a mi mamá y no quiero”. Sandra (20) se anotó para “maestra jardinera” y quiere empezar la carrera, pero el trabajo es para ella imprescindible. Perdió ambos padres y necesita más ingresos para criar a su hijo pequeño: busca “de cualquier cosa, de cocinera en un restaurante, limpiando en un salón, limpiando, lo que sea, y estudiar... si se puede”. Lucila (18) busca trabajo en un McDonald’s porque tiene dos hermanas más pequeñas a las que hay que alimentar y su madre está desempleada; le han dicho que los horarios de los locales de comida rápida le permiten seguir con sus estudios.

A partir de los 16 años, las historias de los jóvenes de barrios populares no siguen una cronología estructurada; la preparación y realización, dependencia y autonomía se solapan y coexisten tensionando los relatos. Los estudios se inician o retoman sin tener certeza alguna sobre si se van a terminar o cuándo. “La mayoría se rinde antes”, anota Lucrecia (18), cuya meta es no rendirse y llegar en algún momento. Acceder al trabajo imaginado también es una aspiración sin garantía de realización; se espera que este llegue “en algún momento”. Para la mayoría, lograr tener un lugar propio fuera del barrio también resulta un proyecto improbable en la actualidad; aquí tampoco hay una fecha estimada que fije la espera y organice el relato. Lucila (18) sabe que mudarse es algo que trasciende sus recursos actuales y ve todas las mañanas a su hermana mayor, que hace ya dos años terminó enfermería, sin haberlo conseguido todavía.

En contraste con el grupo de altos ingresos, los jóvenes de barrios populares no construyen narrativas de futuro con metas de largo plazo e hitos intermedios que organizan el recorrido; sus historias se estructuran en torno a la resolución de problemas actuales cuyo desenlace acerca o aleja la posibilidad de aquello a lo que se aspira.

La experiencia del futuro

Una última diferencia en la forma en que los jóvenes de uno y otro grupo imaginan su futuro refiere al modo en que experimentan las posibilidades del futuro proyectado.

En el grupo de jóvenes de altos ingresos, el futuro se presenta como un campo de posibilidades que se despliegan y expanden y que están abiertas a exploraciones y revisiones. Para ellos, la acción presente —sobre todo el estudio— conduce a objetivos futuros más precisos, al tiempo que abre caminos alternativos que habilitan opciones todavía desconocidas. En contraposición, los jóvenes de barrios populares experimentan el futuro como un salto riesgoso hacia algo diferente, donde las posibilidades son pocas, frágiles y dependen tanto del propio esfuerzo como del azar y lo imprevisto. La expectativa de que la acción presente expanda opciones futuras es débil; se trata más bien de hacer las cosas bien y esperar un desenlace siempre incierto.

Las historias

Juliana (18) es un ejemplo de la primera forma de vivir el futuro. Estudia finanzas, cuenta que le gustaría trabajar en una “corpo” para “hacer análisis de riesgos, evaluación de portafolios, pero —añade— estoy abierta a lo que consiga; el trabajo te fortalece un montón, te permite hacer relaciones, seguir pensando, desafiarte, te da un montón de herramientas para la vida. Mi mamá siempre me dice ‘cuando trabajes te vas a dar cuenta’”. El futuro no se encierra en un único objetivo, se concibe como un espacio abierto que hay que explorar para descubrir sus posibilidades. Karina (18), que estudia ingeniería, señala “todavía no me imagino qué voy a hacer. Siempre me preguntan y yo les digo ‘dejame cursar un poquito y ahí después te digo’. Es una carrera que podés aplicar en cualquier lado. Tengo áreas que interesan más que otras, pero también veré cuando empiece a buscar, con lo que se vaya presentando. Como que tengo que ir viendo, no sé si ahora puedo fijar y decir, bueno, voy a eso. Ya veremos qué se presenta”. Sebastián (22) piensa dedicar los próximos diez años a especializarse en su campo profesional (la comunicación digital), aunque le interesaría también realizar estudios de posgrado en el exterior. Otra alternativa es volver a su pueblo natal, donde su familia tiene un lugar destacado, para trabajar por su comunidad. A medida que avance en su vida irá seleccionando el camino a seguir.

Incluso las posibles frustraciones no son consideradas pérdidas o fracasos definitivos. Brian (18), que estudia diseño y sueña trabajar en la empresa Lego en Dinamarca, sabe que quizás esto no ocurra, pero su aspiración última es “vivir tranquilo y tener un buen pasar”, algo que puede conseguirse por muchas vías. Karina (18) dice que le gustaría tener su propia empresa pero que si tiene que trabajar para otros también le gustaría; Victoria (20) quiere también tener su propia agencia de publicidad, pero se conforma con tener plata, viajar por el mundo y poder asentarse con una familia.

Los problemas que hoy imaginan —no tener la disciplina necesaria para estudiar y fracasar en la carrera elegida; no poder compaginar el desarrollo profesional y la vida familiar; o no lograr definir un proyecto que motive (“estar medio perdido”)—, producen ansiedad y pueden generar sufrimiento, pero no conducen a destinos definitivos. Rosendo (22) sabe que si no termina sus estudios conseguirá un trabajo y hará su camino; Elena (19) dice que le encantaría tener una pareja e hijos y que el ejercicio de la medicina a veces es poco compatible con eso, pero si eso no sale “tampoco será como que estoy fallando en un plan de vida, la verdad que no”. La exploración del futuro puede ser más o menos larga, tener momentos más o menos frustrantes, pero siempre permanece abierta a posibilidades habitables o a encontrar nuevas alternativas.

Para los jóvenes de barrios populares las posibilidades futuras son pocas y frágiles, y dependen tanto del propio esfuerzo como, sobre todo, del azar y lo imprevisto. Diego (17) está terminando la escuela, pero dedica todo su tiempo a entrenar: quiere ser jugador de fútbol “si se me da”. Sabe que es difícil: “tenés que jugar bien, llegar a primera y que te vean de otro club. Y si no me sale: trabajar. Corto el pelo en mi casa, aprendí en la pandemia viendo videos”. Sandra (20) busca un trabajo fijo para salir de la precariedad: “para saber que tenés para comer en el día, que si te pasa algo, si se te rompe la heladera o querés salir, tenés plata. Si no, es romperte el lomo y que no alcance, como mi mamá”. Gianluca (22) quiere ser policía para “hacer una diferencia” y vivir con su novia fuera del barrio; la alternativa es seguir limpiando baños y que sus hijos crezcan en un lugar donde “nadie quiere vivir y morir”. Delfina (19), que de niña vivió en casas prestadas escapando de un padre violento, quiere trabajar de docente para tener una casa propia fuera del barrio y sacar a sus hermanos del “vicio”, porque no quiere repetir la historia de su familia.

Estos relatos no presentan futuros posibles abiertos a la exploración; hablan, en cambio, de un margen de posibilidad acotado, caracterizado por el intentar y “que se me dé”. Se espera el golpe de suerte que, si no llega, se reemplaza por alternativas no deseadas: tener que formar una familia en la casa materna, no poder prever cómo será el día o la semana siguiente, tener que quedarse en el barrio, criar allí los hijos, terminar como tus padres. En estas historias, en las que las posibilidades son pocas, frágiles e irreversibles el esfuerzo que se requiere para “no rendirse” es grande —cuando no heroico—, y el resultado incierto.

Los mundos en los que se forjan las historias

Los jóvenes construyen sus expectativas a partir de sus experiencias pasadas: vivencias familiares, relaciones con pares, vínculos afectivos, acontecimientos importantes —rutinarios, traumáticos, entusiasmantes—. Elena (19), por ejemplo, se imagina médica mientras recuerda el apoyo que recibió de sus padres a todos sus proyectos, ideas, gustos y hobbies; Delfina (19), que vivió su infancia recorriendo casas de parientes para escapar de un padre violento, desea con fuerza tener un lugar propio y ayudar a su madre y hermanos a que lo tengan; Gustavo (24), que ya ha empezado a especializarse en comunicación política recuerda, cuando mira su futuro, el momento en que lo eligieron mejor compañero en el colegio; Catalina (19) se enfoca en su proyecto de ser maestra jardinera mientras sufre en cada examen la pobre formación que recibió en la escuela; Ramiro (20) cuenta que se escapaba del colegio para participar en las competencias de rapeo que los pibes organizaban en las plazas y que allí desarrolló su pasión por ser músico; Ester (17) se ve confiada para encarar sus estudios en finanzas y sabe, además, que podrá compartir sus miedos y ansiedades con sus amigas del barrio y de la escuela como siempre lo hizo; Irene (24) aspira a irse del barrio y cuenta que unos transas asesinaron a su hermano cuando entraba a su casa.

La familia, la escuela, la facultad, la casa, la plaza, el club, el barrio, la esquina, las vacaciones: en estos escenarios los jóvenes adquieren los recursos con los que construyen y sostienen sus aspiraciones. En conjunto, conforman lo que denominamos “ecosistemas de crianza”: una configuración de instituciones, servicios y espacios de sociabilidad que, articulados por las familias, median el acceso de los jóvenes a los recursos con los que forjan sus narrativas de futuro. Aunque en ellos participan servicios públicos, organizaciones comunitarias y el sector privado, es el Estado quien tiene la responsabilidad principal de estructurar esta trama de manera equitativa. Sin embargo, los testimonios revelan una marcada segmentación. Los jóvenes de familias de altos ingresos acceden a ecosistemas de crianza densos y articulados, con múltiples recursos coordinados; los de barrios populares crecen en ecosistemas fragmentados y precarios.

Ecosistemas de crianza densos y articulados

Para los jóvenes la familia es un escenario central de sus relatos, tanto por el impacto directo que tiene en sus vidas como por el lugar que ocupa en la vinculación con otros espacios sociales. Los del grupo de altos ingresos hablan de ella como una unidad de la que dependen y que les permite sostener y organizar sus vidas. En dieciocho de los veinticinco casos está conformada por el padre, la madre y, mayoritariamente, uno o dos hermanos. En siete casos los padres están separados y han formado nuevas parejas, aunque los jóvenes mantienen su relación con ambos progenitores.

En prácticamente todos los casos ambos trabajan, aunque la madre —aún con intensos compromisos laborales— suele ser la principal fuente de apoyo afectivo. La afirmación de Feliciano (18) puede encontrarse en muchos de los jóvenes: “ella siempre fue como una ‘psicóloga mamá’ que siempre me ayudó en las cosas que más necesité [...] es como todo para mí; mi papá también, pero tengo más relación cariñosa con mi mamá”. Además del apoyo directo, los jóvenes valoran también ciertas rutinas familiares —los almuerzos, las salidas juntos, las vacaciones—, a veces con nostalgia porque se vuelven menos frecuentes a partir del inicio de la universidad.

Más allá del vínculo afectivo y las rutinas, la familia constituye un soporte fundamental para los distintos proyectos y exploraciones que estos jóvenes ensayan. Juliana (18), por ejemplo, dice que su familia la apoya en todo: “hago muchas cosas en el colegio, estoy en todo, estoy en Pastoral, en el Centro de Estudiantes y de Líderes y también me junto mucho con mi familia, con mis amigos, voy al gimnasio también, tres veces por semana, aparte de hockey”. Elena (19) reflexiona en el mismo sentido: “siempre sentí mucho apoyo, en la escuela, en todos mis proyectos y mis ideas, mis gustos, mis

hobbies, siempre. Hice natación, hice tenis, hice danza, hice hockey, hice —yo no sé ni qué más—, gimnasia artística, cerámica, todo; estaban ahí y me llevaban, me buscaban. Después ya más de grande sí me asenté e hice sólo danza y también me llevaban, me buscaban, antes de que yo maneje. Y bueno, más de grande con mis estudios, con la carrera; me re-bancan”.

El apoyo que Juliana y Elena relatan no solo tiene su base en las capacidades de su familia sino también en la densa red de servicios disponible a la que pueden recurrir. La escuela en primer lugar —un verdadero microcosmos para la mayoría de estos jóvenes—, pero también el club, el taller de cerámica, la academia de danza, el gimnasio, además de otros espacios de interacción más informales como las casas de los amigos, las fiestas, el *country*. Ester (17) ubica su vida en un ecosistema en cuyo centro está la familia, muy cerca la escuela y luego se expande hacia otros círculos en los que se mueve y donde encuentra gente parecida a ella. La escuela, dice, “es como mi segunda casa, allí tuve muchas oportunidades, hay un montón de programas, como el de Naciones Unidas, mediación, el viaje intercambio a Estados Unidos y yo traté de meterme en todo lo que podía, en las actividades que había. Después mis círculos son los del colegio o de los alrededores, Bella Vista es como parecida en ese sentido. Salís al gimnasio, te juntás con tus amigos y es todo muy *bellavistense*”.

Ester acepta que conoció muy poca gente con un nivel diferente de vida que el suyo, aunque es consciente de que “salís acá a la vuelta y es otra realidad completamente distinta”. También Eduardo (16) se mueve en un ecosistema que vincula su casa, la escuela y el barrio: “En la escuela el trato es muy cercano, tenés un tutor personal que te va ayudando con las cosas del colegio, y también con las cosas de tu vida, podés ir hablando con él de lo que quieras, tratan de que puedas alcanzar el potencial que tenés. Además, este año estuve haciendo fútbol en el barrio, que tiene entrenamientos dos veces por semana y después partidos de la liga *intercountry* los sábados; también empecé con clases de batería una vez por semana, a veces mi profesor me presta una batería polirrítmica para practicar en casa”.

Los jóvenes cuentan cómo el ingreso a la universidad genera una suerte de crisis que los lleva a reordenar las actividades y las relaciones. Feliciano (18), que está por empezarla, describe ese paso como “un cambio que va a ser fuerte, no radical, eso sería mucho decir, ¡pero va a ser como un wow!, diferente... sé que va a salir bien, ojalá que salga bien... voy a conocer gente nueva, amigos, amigas nuevas”; Bruno (18) cuenta que retrasó cuanto pudo la inscripción a la universidad “porque quería quedarme, no me quería ir porque había estado muy feliz en el colegio con mis amigos”. Con el paso a la universidad el ecosistema se abre a nuevas realidades que generan ansiedades, pero no se trata de un salto al vacío. En primer lugar, porque las universidades que se eligen suelen compartir los códigos del mundo en el que crecieron. Romina (17) sabe que “la UBA es lo mejor en arquitectura del país, pero mi mamá no apoyó mucho que fuera a la universidad pública, no porque sea mala sino porque dice que voy a tardar mucho tiempo en recibirme”. Pero, además, la transición es más manejable porque siguen contando con el apoyo material y afectivo de la familia para sostener su esfuerzo. Cecilia (20), que vive en un barrio cerrado, pasa parte de la semana en un departamento de su familia en CABA para estar más cerca de la universidad, pero es consciente de que depende de sus padres, no solo económicamente —el departamento, el auto, la matrícula de la universidad, los gastos—, sino también afectivamente. Ella cuenta que a veces piensa en empezar a vivir sola, pero siente que “todavía no estoy lista”, “mitad de la semana vivo sola y añoro volver a mi casa; ¡cada vez que llega el miércoles [me digo] ‘por favor que sea mañana porque necesito volver a mi casa!’; literal, necesito; ahí me doy cuenta que todavía no estoy desarrollada para vivir sola”. Juliana (18), que vive con ansiedad la exigencia de sostener altos rendimientos académicos para mantener la beca que la universidad le otorgó, cuenta que “mi papá me dijo que claramente valora todo el esfuerzo que hice, porque la beca fue por mi promedio en la escuela, pero dice que me tendría compasión si por alguna razón pierdo la beca y que, obviamente, me bancaría... y es un montón”.

Toda la red de instituciones y servicios de este ecosistema con eje en la familia es privada y se sostiene en la alta inversión económica y afectiva que realizan los padres de los jóvenes, un apoyo que se extiende hasta avanzados los veinte.

A partir de este momento opera un corte que da inicio a la transición hacia el trabajo y la vida independiente, momento que generará otra crisis y reordenamiento. Eduardo (16) dice: “No me gustaría ser uno de esos chicos que capaz que se quede hasta los 30 dependiendo de sus papás sin trabajar”; Karina (18) también pone el límite en los 30 y el comienzo del proceso hacia la independencia en los 25 años.

El apoyo familiar y el acceso a esta red de servicios es lo que permite diferenciar las fases de preparación e independencia en los relatos de estos jóvenes. En la preparación, la prioridad está puesta en la formación y en la exploración de posibilidades a través de actividades sostenidas en esta red, que las organiza y les permite imaginar futuros posibles, ampliar algunos de sus detalles, dividirlos en fases, definir hitos y ponerles plazo. En ese proceso pueden fallar muchas veces: Juliana puede tener un rendimiento académico peor que el esperado, Feliciano puede darse cuenta de que eligió la carrera equivocada, Rosendo puede rebelarse contra el destino que piensa que su familia le impuso, Valeria puede estrellarse con una crisis de ansiedad y abandonar los estudios, pero mantendrán abiertas alternativas y exploraciones posibles para continuar o reorientar sus vidas.

Ecosistemas de crianza precarios, fragmentados, peligrosos

La mayoría de los jóvenes de barrios populares describen a “la familia” como la figura concreta de una cuidadora que busca garantizar condiciones materiales básicas, sostén afectivo y protección; y no tanto como una unidad que organiza sus vidas y media el acceso progresivo a una trama más amplia de servicios y espacios de sociabilidad. La alta proporción de hogares monoparentales con jefatura de hogar femenina da contexto a esta descripción: diecisiete de los veinticinco jóvenes entrevistados en este grupo crecieron en hogares monoparentales a cargo de la madre, la abuela y, en un caso, el padre.

La descripción de la actividad de las cuidadoras abarca, en primer lugar, la atención de las necesidades materiales básicas, muchas veces en situaciones de precariedad extrema y a costa de un enorme sacrificio. Para Gastón (19), su familia es su madre sosteniendo su vida y la de sus hermanos “trabajando hasta cualquier hora”. “A mi mamá —dice— le debo todo, la luchó por mí desde chico, gracias a ella nunca nos faltó un plato de comida”. Francisco (22), que pasó un tiempo en situación de calle, dice que “si no fuera por ella estaríamos en la calle, o andá a saber dónde, ella nunca se rindió”; también Gianluca (22) vivió un tiempo en la calle, en su caso fue el padre quien lo sostuvo a él y a sus cuatro hermanos.

En segundo lugar, incluye el apoyo afectivo, sobre todo en los momentos difíciles. Lucrecia (18) siente que “toda mi familia espera que no me rinda” cuando sufre ataques de ansiedad en cada examen que da en la facultad; Camila (21), que quedó embarazada de adolescente, reconoce “el apoyo de mi madre y de mis tíos; me apoyaron, me hicieron sentir que me iban a ayudar”; Sandra (20), cuyos padres murieron cuando era niña, se refiere en el mismo sentido a su hermana: “ella es la que siempre está conmigo, me comparte todo, me da todo, me cuida”; Catalina (19) se refiere en términos parecidos a su abuela, que “es el pilar de todo, sin ella todo se viene abajo”.

El tercer eje de descripción es la protección frente a un entorno hostil y peligroso, en el que es fácil perderse y seguir el camino equivocado. Para Violeta (17), “gracias a mi mamá siempre me mantuve en el buen camino: en los estudios, en trabajar y buscar mi futuro para más adelante y no meterme en ese tipo de situaciones en las que están hoy en día casi todos los chicos de mi edad”. Irene (24)

se expresa en términos parecidos: “Ella siempre me ayudó, yo sigo firme el camino por mi mamá, que siempre me dijo ‘vos tenés que caminar por esta línea y nunca desviarte’”. Luisa (16) se queja porque vive encerrada en su casa, pero entiende la razón: “mis padres siempre dicen que ‘mirá si te pasa algo en la calle, mirá si...’ Solo me dejan ir a comprar, o con ellos a algún lugar; los únicos momentos en los que me dejan ir sola son los de educación física en el colegio y siempre con una amiga”. La posibilidad de perderse y el peligro de la calle son experiencias cotidianas que los jóvenes conocen de cerca. Tienen muchos amigos y vecinos que ya están “en el vicio”; a veces incluso familiares directos: Francisco (22) tiene un hermano en prisión, Delfina (19) ve a sus hermanos “atrapados en la droga”, Irene (24) cuenta que a su hermano “me lo mataron, cuando estaba por entrar a la casa de su novia, eran transas, estaban re-empastados”.

Solo en el relato de María (22), que creció en un hogar biparental, aparece la idea de familia como estructura de apoyo a las propias aspiraciones. María es inquieta, siempre se embarca en distintos proyectos —ahora se está capacitando para producir contenidos en la radio comunitaria que lidera su padre—, reconoce: “mi mamá me financia todos mis proyectos, sola creo que no se puede, no creo mucho en eso, tengo un montón de apoyo de mis viejos, sino no podría estar estudiando todo lo que estudio”.

No todos los jóvenes de barrios populares relatan una experiencia positiva de cuidado y apoyo familiar. En nueve casos refieren tener un entorno familiar problemático y cinco de ellos relatan situaciones de violencia doméstica. Natalia (21) habla de un padre violento y una madre ausente que la llevó a refugiarse en el vínculo con sus hermanas. También Delfina (19) cuenta una historia de maltratos y de mudanzas para huir de un padre violento que erosionaba constantemente su autoestima y la condujo a un cuadro de serios problemas de salud mental de los que intenta recuperarse. Francisco (22), que pasó una parte de su infancia viviendo en la calle, acompañó a su madre que huía de un padre golpeador.

Entre los jóvenes que destacan contar con el apoyo de su madre o padres la mayoría reconoce que no puede pedirles que los sostengan más allá de la adolescencia. En este grupo, dieciocho de veinticinco jóvenes trabajan en el barrio como ayudantes de albañil, cortando el pelo, cuidando niños, haciendo limpieza o trabajos comunitarios. Y la mitad de ellos comenzó a trabajar antes de los 16 años. A esa edad, dice Gastón (19), la prioridad son los hermanos menores, “no da para que te mantengan”. A veces, como en el caso de Luciano (18), hay que llevar dinero a la casa. Él trabaja en un galpón de reciclado para ayudar a su madre, una empleada doméstica que tiene a su cargo a sus cinco hermanos. Pocas familias cuentan con un trabajo e ingresos estables. Cuando lo tienen es por la presencia de un varón empleado; tan solo una mujer jefa de hogar tiene trabajo en blanco.

Los jóvenes describen familias internamente débiles, monoparentales, sin trabajo fijo y con pocos ingresos que, además, se insertan en ecosistemas de servicios deteriorados, con una infraestructura precaria y un entorno social peligroso. Cuando hablan de este contexto, ellos identifican, con mucha precisión, la existencia de dos caminos mutuamente excluyentes entre los cuales deben elegir: por un lado, el camino de progreso para “ser alguien” y, por otro, el camino de las “malas juntas” —relaciones que conducen al mundo del consumo y a formas de reconocimiento asociadas con diversas formas de delito—. Ambos caminos son considerados como opciones igualmente probables en las que “vos decidís”. Gastón (19), por ejemplo, como muchos otros —incluso los que no siguieron el “buen camino”—, insiste en que se trata de una decisión individual. Si bien reconoce que, a diferencia de otros jóvenes que conoce, “mi mamá todo el tiempo estaba a mi lado diciéndome ‘che, no quiero que tomes este camino; ponete a estudiar, ponete a trabajar, fijate en vos, hay cosas mejores’”, sostiene que fue él quien eligió: “si vos querés fumar, querés salir chorro o querés salir a robar, eso es porque vos querés. Lo hacés porque es una decisión, porque te gusta, porque te juntas con gente que anda en la misma y en vez de decirles que no, les decís ‘sí, vamos’. Mis amigos eran así, yo me alejé de todo”. Los testimonios seleccionados para este estudio solo incluyen jóvenes que, como Gastón, optaron por “intentar progresar”, y evitaron “las malas juntas” y las actividades que su entorno les proponía.

Sostener la escolaridad es uno de los esfuerzos más importantes para mantenerse en el camino del progreso.

Los jóvenes reciben de los padres —generalmente de la madre— el mandato de terminar la escuela y la mayoría reconoce su apoyo e insistencia para que lo hagan, pero sostienen que también en este caso es su decisión. Dieciocho de ellos están cursando sus estudios o se han recibido; los siete restantes abandonaron la escuela, algunos intentan retomarla en algún momento.

Para los jóvenes, la decisión entre las “malas juntas” y el progreso se plantea también en la escuela. Al igual que en las calles allí también encuentran dos tipos de “juntas” que agrupan a los que asisten: “los que van a estudiar” y “los que van a *boludear*”. No se trata solo de elegir con quién te juntás, dice Ramiro (20), sino “que te dejen estudiar, que le den bola al profe”. Nueve de los jóvenes describen sus escuelas como servicios deteriorados; lugares donde es difícil estudiar, con frecuentes interrupciones en las clases por razones de infraestructura, ausentismo docente o paros y violencia entre los compañeros.

Para quienes siguen estudiando después del secundario, el deterioro de la enseñanza básica también se manifiesta en la falta de preparación para enfrentar los nuevos desafíos académicos. Lucrecia (18) cuenta con enojo lo que sufre en las clases de la universidad porque “la escuela no me preparó, las escuelas públicas están muy atrasadas, no te preparan, solo para hacer currículum, nada más, no para estudiar una carrera. No, no me gustan”. También Catalina (19) sufre la falta de aprendizajes cuando da un examen y se da cuenta de que otros saben cosas que ella no; aunque valora haber podido terminar la escuela y hace una evaluación más matizada: “las escuelas están ahí, como casi bien, como casi mal, en el medio: ayudan y a la vez no ayudan”.

Las familias de algunos jóvenes realizan un enorme esfuerzo para que sus hijos vayan a escuelas con mayor prestigio, a escuelas técnicas o privadas, pero adaptarse a ellas suele ser un enorme desafío que muchas veces no superan. Lucila (18), que logró hacerlo, cuenta que le costó mucho relacionarse con sus compañeras de una escuela privada en Devoto. “Al principio no decía nada y me lo guardaba para mí, después ‘ya pasó, sí, listo... ¡vivo en Ciudadela!’”. Hay gente que se enteraba de que yo era de Fuerte Apache y me tenían ahí como ‘la del Fuerte Apache’, pero aprendí a que no me importe porque es algo que ‘te toca’”. Delfina (19) dice que, a pesar de que la escuela pública era “medio un desastre”, “en la privada te excluyen más”. Héctor (23), Ramiro (20) y Gianluca volvieron a la escuela del barrio porque, a diferencia de la privada, sus compañeros eran “más parecidos” a ellos, o porque no pudieron sostener la exigencia de la técnica. Son pocos los que pueden acceder y permanecer en una escuela que amplíe su mundo de relaciones; muchos terminan prefiriendo el mundo conocido y posible del barrio de servicios, aún con sus servicios deteriorados.

Para quienes no eligen “las malas juntas”, los escenarios para relacionarse con otros jóvenes son limitados. Once mencionan explícitamente que buscan salir lo menos posible dentro del barrio para evitar problemas. Francisco (22), por ejemplo, dice: “no soy mucho de salir, tengo pocos amigos, debo tener tres o cuatro, pero todos estudian y trabajan, me cuido de no juntarme en la calle o en la esquina, como mi hermano, que terminó preso”. Sebastián (17) tampoco sale: “me duermo temprano, salgo para ir al club, me lleva mi papá, después no salgo mucho, te podés perder”. Violeta (17) tampoco sale mucho porque “teme las malas influencias de los amigos, que se me metan mucho en el cerebro que termine arruinando todo el futuro que tengo para adelante”.

Para relacionarse con otros, la mayoría de los jóvenes se encuentran en la plaza; muchos se juntan para jugar al fútbol, unos pocos participan en actividades comunitarias. Solo cuatro juegan al fútbol en instituciones deportivas fuera del barrio, donde sueñan hacer carrera. El resto de las actividades se desarrolla mayoritariamente dentro del barrio, en clubes, centros comunitarios y, en menor medida, en escuelas. Además de esto, como ya ha sido mencionado, dieciocho de los veinticinco jóvenes trabajan.

Salvo unos pocos casos, la vida que transcurre fuera de la casa, la escuela o el trabajo, está organizada por los propios jóvenes, con una débil presencia de la madre –que está trabajando o cuidando a los hijos menores– y en un entorno deteriorado y peligroso, del que se quiere salir. Violeta (17), que juega al fútbol en otro barrio, dice: “mis compañeras que están ahí en Barracas tienen una vida diferente a la que hay acá, allí no hay tanto robo ni tanta violencia, viven una vida más tranquila, diferente. Acá antes era así pero ahora ya no. Ellas tienen sus proyectos para el futuro, no como acá, son pocos los que quedan en el barrio que son soñadores”.

Los mundos a los que remiten las historias de ambos grupos de jóvenes son muy contrastantes y tienen poco o ningún contacto entre sí. La desigualdad y segmentación de los espacios en los que se adquieren los recursos para imaginar y perseguir el futuro cuestiona la posibilidad de sostener una narrativa igualitaria del progreso.

Los protagonistas de las historias

La última dimensión de análisis refiere a los actores que animan las historias que los jóvenes cuentan y, sobre todo, la manera en que definen su protagonismo (Bruner, 1987). Los jóvenes de familias de altos ingresos se perciben como actores que protagonizan sus historias afirmados sobre un entorno social que invierte en ellos y valida sus expectativas futuras. En contraste, los jóvenes de los barrios populares se ven como individuos esforzados que libran una lucha desigual en un entorno adverso y peligroso. Los primeros son actores de un orden social que invierte en ellos y reconoce sus logros, los segundos héroes que deben crear sus propias posibilidades frente a un destino que parece negárselas a cada paso.

Protagonismo socialmente sostenido

Los jóvenes de altos ingresos van descubriendo en el camino cualidades personales que consideran valiosas para llevar adelante sus proyectos. Cecilia (20) ve en ella misma flexibilidad y capacidad para adaptarse a las nuevas situaciones que le pone la vida; Ester (17) es muy autoexigente con sus estudios y ha aprendido a organizarse para conseguir sus metas; Rosendo (22) es del tipo reflexivo y crítico y no acepta cualquier cosa que se le ofrece; Feliciano (18) se describe como “un chico muy inquieto, siempre me gusta estar en movimiento, atrás de cosas todo el tiempo y se me hace fácil hablar con la gente”. Víctor (24) piensa que “mi recurso más importante, más allá de que terminé mi carrera y estoy haciendo el posgrado, es la pasión y la vocación que tengo por lo que hago”.

También hablan de problemas que los afectan y que han enfrentado o tienen que enfrentar para avanzar en sus vidas: la ansiedad, la depresión, la presión académica y familiar. Bruno (18), por ejemplo, cuenta que en un momento de su vida “no veía el sentido en sonreír en el día a día”; Ester (17) que sufre la presión de la universidad “que es muy estricta y exigente y tengo que mantener un promedio para tener la beca, eso me da miedo”; Valeria (20) dice que a veces no soporta a sus padres porque parecen pensar que tiene que ser perfecta y que ella ha terminado por creérselo; Patricio (24) experimenta la frustración que se siente cuando “presentás el currículum o hacés una entrevista laboral y te dicen ‘gracias por presentarte’, ‘me encantó tu perfil’ y nunca te llaman”.

Pero ellos no son los únicos protagonistas de sus historias, que están pobladas de otras personas e instituciones en las que se pueden apoyar.

Pero ellos no son los únicos protagonistas de sus historias, que están pobladas de otras personas (padres, amigos, hermanos, profesores, compañeros) e instituciones (escuela, universidad, club) en las que se apoyan para enfrentar dudas y problemas, explorar sus caminos y descubrir sus propias capacidades para recorrerlos. Todos reconocen que sus esfuerzos individuales cuentan con el apoyo de una densa trama social en la cual se inscriben y desarrollan. Ester (17) es consciente de que su disciplina y autoexigencia se combinan con los recursos que le proporciona su entorno para sostener sus aspiraciones: "a mí me dieron todas las oportunidades del mundo". Cristina (21) mira su futuro con confianza "pero gracias al sostén de mi familia. Sin eso, mi visión sería mucho más pesimista. Me pongo a pensar y no sé si arrancando de cero con lo mío podría conseguir las cosas que tengo ahora", y añade, "cuando elegí mi carrera dudaba, pero mi papá me decía 'no importa si te da dinero, hacé lo que te guste'. Eso cambió totalmente mi visión, saber que cualquier cosa que quiera hacer en mi vida, ellos van a estar apoyándome". Gustavo (24) ve su futuro con optimismo no solo por su determinación sino sobre todo porque "el entorno te marca un poco el camino, si vos te juntás con gente que quiere progresar, es como si te juntaras con gente que sale a correr: te van a dar ganas de salir a correr". Patricio (24) también habla de un "entorno que me tira para adelante, que me apoya, que me banca. Nunca estuve solo. Mis amigos son clave en mi día a día. Mi vieja, mi viejo, mi padrastro también. Igual con la escuela y la universidad, nunca me dieron la espalda; yo esperaba menos de ellas y me terminaron dando más".

Los jóvenes de este grupo son conscientes del esfuerzo individual que deben realizar para avanzar y también temen equivocarse o no llegar, pero saben que sus vidas son sobre todo el resultado del esfuerzo social invertido en ellos que les permite sostener sus aspiraciones. "Mirás para atrás y pensás: 'bueno, todo esto que tengo me sostiene y me da confianza para adelante'", dice Gustavo (24). El protagonismo individual es un resultado de una trama social solidaria que lo hace posible.

Estos jóvenes saben, como Ester (17), que "cuando me comparo con otra gente... entiendo que no para todos es lo mismo, que hay muchas diferencias sociales en ese sentido". Cuando se refieren a estas diferencias, hablan de realidades muy alejadas de las suyas en las que faltan ingresos, apoyos familiares, educativos, infraestructura. Cuentan que ven muchas familias que no trabajan y tienen que cobrar planes sociales, hijos que reciben una educación deficiente, niños que viven en lugares donde no deberían vivir. Aunque muchos confiesan estar poco informados y que suelen evitar las discusiones sobre estos temas con sus pares, consideran que la economía, la educación, la salud pública no están funcionando bien. Aun así, la opinión general sobre las políticas y los políticos es que son parte de un proceso de deterioro del país —"lo fueron decayendo un poco todos" (Feliciano, 18)—: las mayorías están lejos de acceder a los recursos a los que ellos acceden.

Protagonismo heroico

Los jóvenes de barrios populares narran historias marcadas por dificultades y futuros inciertos que dependen del esfuerzo individual y de la suerte. Estos jóvenes tienden a verse como protagonistas solitarios de trayectorias riesgosas.

Insertos en tramas sociales con recursos familiares escasos y apoyos institucionales débiles y fragmentarios, la posibilidad de progresar es vista como el resultado del esfuerzo personal.

Como expresa Ramiro (20), "es la confianza en vos mismo y nada más, tenés que pensar en que vos vas a crecer tanto como vos te muevas, nadie te va a ayudar". La soledad aparece como una condición estructural en el desarrollo de sus proyectos: "yo solo me tengo a mí mismo" es una expresión recurrente. La decisión de seguir estudiando, de evitar las "malas juntas", de lograr los propios objetivos "depende de vos, de si le ponés ganas", dice Gianluca (22).

Esta autopercepción individualista adquiere matices diferentes según las experiencias previas. En un extremo están los que han tenido alguna experiencia familiar, escolar y de sociabilidad sobre la que apoyarse: a Lucila (18) sus padres le inculcaron la necesidad de estudiar, la aislaron del barrio y consiguieron una beca en una escuela privada fuera de él; Gastón (19) tiene una madre que trabajaba hasta cualquier hora para que no les faltara para comer y pudo terminar la escuela porque eligió alejarse de las malas juntas; Natalia (21), a pesar de una historia familiar difícil, fue a una escuela en capital y se le abrió un mundo cuando se hizo dirigente estudiantil. Con esas experiencias en sus espaldas, estos jóvenes persiguen sus metas confiando en que el esfuerzo, con algo de suerte, puede dar resultados. Sin embargo, el destino de quienes los rodean —la madre, el padre, los hermanos, los familiares, los amigos— les muestra lo difícil que es hacerlo. En este contexto, el protagonismo individual se transforma en “heroico”: intentar algo que pocos logran en un mundo plagado de adversidades.

En el otro extremo se encuentran quienes arrastran experiencias de crianza marcadamente negativas. Francisco (22), que vivió en la calle con su madre y sus hermanos para escapar de un padre violento, quiere unirse al ejército para armarse una vida diferente a la de su hermano preso. Delfina (19) también viene de una situación de violencia, trastornos alimenticios, adicciones a las pastillas y dificultades para vincularse, pero se plantea con determinación estudiar para profesora de educación física para salir del barrio, conseguir un lugar para su familia y rescatar a sus hermanos que “están en el vicio”. Cuando las experiencias se acercan a estos extremos, la tarea de aspirar a un futuro se confunde con la de reparar el pasado. El protagonista ya no solo se vuelve heroico sino también redentor.

La idea de que “solo me tengo a mí mismo” es la contracara de vivir en un contexto marcado por la falta de ingresos familiares, y por un entorno social precario, peligroso y con servicios deteriorados del que es difícil salir. “Uno siempre merece crecer, pero este barrio no te deja”, dice Héctor (23); “las escuelas no te ayudan”, decía Catalina (19); “los servicios de salud tardan en atenderte”, “la policía es parte de la trama de violencia”, los trabajos son precarios y “sin futuro”, la casa propia es “un sueño demasiado lejano”, dice Lucrecia (18). Los jóvenes valoran el club, el centro comunitario, a veces la escuela y los lugares en donde es posible estar con otros y evitar la “mala junta”. Pero ellos no alcanzan a ser un soporte suficiente para articular proyectos. Sus relatos son de individuos esforzados que deben crear, si es posible, su propio futuro.

Mientras los jóvenes de familias de altos ingresos se perciben como protagonistas que actúan dentro de las redes solidarias que los sostienen, los de barrios populares se ven como héroes individuales que luchan por abrirse camino, a través de su propio esfuerzo y algo de suerte. Lo que los primeros experimentan como apoyo —familia, escuela, universidad, amigos— estos lo vivencian como presencias precarias y deterioradas desde las cuales es difícil articular aspiraciones creíbles. En este contexto, el individualismo de sus relatos no es una afirmación ideológica sino empírica: “dependés de tu esfuerzo, no tenés otra cosa”, resume Héctor (23), aunque tus sueños son “una posibilidad lejana igual hay que trabajar duro para eso”.

La reivindicación del esfuerzo individual también se refleja en el rechazo mayoritario a los planes sociales. Estos programas, en algunos casos considerados necesarios, cuestionan el recurso del propio esfuerzo, a menudo el único disponible, para sostener sus expectativas de futuro. “Nadie quiere vivir de un plan, eso es vivir de arriba y eso no es lindo”, dice Lucrecia (18). Soledad (20) cobra un plan por su trabajo comunitario, pero quiere un trabajo en blanco, “un trabajo en serio”. Quienes realizan actividades comunitarias como educadores, cocineras o en la limpieza del barrio, los planes que cobran se consideran como la remuneración de un trabajo precario que dejarían si consiguieran algo mejor. Camila (21), que cobra AUH por su hijo, aclara enseguida que no es un plan para ella: “eso es de él [el hijo], con eso le pago la escuela y la vianda”.

Este “individualismo empírico” que ve la posibilidad de progreso como resultado del esfuerzo personal tiene su contracara en la valoración de los jóvenes sobre las políticas y los políticos. La mayoría de ellos tienen opiniones muy negativas. Luisa (16) pide “perdón por la palabra, pero [la política] es una mierda total”. Delfina (19) dice: “mis viejos se rompieron el lomo y nunca tuvimos nada. Para mí

no hay mejor ni peor gobierno, con todos es lo mismo, a mí ningún gobierno nunca me dio nada". Héctor (23) dice que la política "no me interesa, solo sé todo lo que hicieron mal, y que cada uno hace las cosas siempre mal". Los argumentos de su rechazo remiten a la violencia en las calles del barrio, los problemas de la escuela, la falta de ingresos, los pibes en las esquinas, ese ecosistema precario y en creciente deterioro que los deja sin soporte para imaginar el futuro. Contra este trasfondo de indiferencia y rechazo de la política, un tercio de estos jóvenes votaron a Milei en las elecciones de 2023 "porque es algo distinto", "para probar algo nuevo", "porque decidí arriesgarme", con alguna esperanza de que algo cambie.

Consideraciones finales

Este trabajo partió de la idea de que la sociedad argentina se organizó en torno a la promesa igualitaria de progreso social a través del estudio y el trabajo. Asumimos que el país vivió momentos históricos intensos que hicieron que esta creencia arraigara profundamente en el tejido social y político, convirtiéndola también en centro de muchas de sus tensiones y conflictos. La evidencia reunida muestra que esta narrativa sigue ordenando las expectativas y esfuerzos de muchos jóvenes, aun cuando los recursos para sostenerla estén desigualmente distribuidos y su realización sea cada vez más difícil para un amplio grupo.

Sin embargo, para los jóvenes de barrios populares, la distancia entre la promesa y las condiciones para realizarla se ha ampliado hasta un punto en el que se pone en cuestión su credibilidad. Los relatos de los jóvenes muestran que las aspiraciones se construyen en entornos muy desiguales. Por un lado, un ecosistema privado denso, con eje en familias capaces de sostener trayectorias formativas prolongadas y con redes institucionales y de servicios que permiten explorar, proyectar y corregir expectativas. Por el otro, ecosistemas público-comunitarios deteriorados, con apoyos familiares frágiles, trayectorias formativas breves, instituciones en crisis, entornos peligrosos, oportunidades escasas y decisiones poco reversibles. Las desigualdades ya no son solo de ingresos, se han trasladado a los entornos en donde los jóvenes crecen y, desde allí, a las aspiraciones de futuro.

Esta segmentación no es nueva: hay consenso en que es el resultado de un proceso de varias décadas que, desde el retorno de la democracia, la política no ha logrado revertir. Lo novedoso parece ser el debilitamiento de la narrativa de futuro en un grupo importante de jóvenes que ya no creen poder sostenerla. Aspirar a vivir mejor en un entorno deteriorado se ha transformado en una tarea heroica que, con tan escaso capital acumulado, tiene pocas probabilidades de éxito. Lo que los testimonios nos muestran es una sociedad segmentada no solo en sus condiciones de vida sino también, cada vez más, en sus aspiraciones. Como decía Violeta (17), "quedan pocos soñadores en el barrio".

Es difícil pensar que Argentina pueda convertirse en un país en el que un amplio grupo social acepte que el progreso es sólo para una élite.

Esta fractura en las expectativas sociales es un fenómeno con profundas implicaciones para cualquier sociedad. Es difícil pensar que Argentina pueda convertirse en un país en el que un amplio grupo social acepte que el progreso es sólo para una élite, y que su destino depende de la suerte o se reduce solo a sobrevivir. Asumiendo este escenario como improbable, las alternativas parecen ser dos. Una de ellas es la articulación social y política del conflicto en un nuevo ciclo de movilización como los que el país conoce desde 1983. La otra, es el abandono de estas promesas para adoptar formas de vida ancladas en el presente inmediato. Las existencias que giran en torno al consumo

**Consideraciones
finales**

de drogas, la violenta narcoeconomía de la pobreza, la adrenalina del delito, son formas de vida que reniegan de ese futuro que la sociedad ya no logra hacer creíble. La progresiva consolidación de esta alternativa disputa activamente la lealtad juvenil, erosionando los cimientos de la narrativa igualitaria de progreso social. La política puede resignarse a observar cómo se consolida una sociedad de futuros desiguales y segmentados, o puede volver a articular una promesa colectiva en donde el destino de cada uno no esté prefigurado por su código postal. Para eso no solo es necesario definir qué es lo que hay que hacer, también es imprescindible asumir lo que hemos estado haciendo.

Bibliografía



- Bruner, J. (2002). La fábrica de hacer historias. *Buenos Aires: FCE*.
- Bruner, J. (1987). Life as narrative. *Social Research*, 54(1), 11–32.
- Devoto, F. (2003). Apuntes para una historia de la sociedad argentina en el siglo XX. Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires. Seminario Argentina-Brasil. *La visión del Otro* (Funcab, Bid, Intal).
- Herman, D. (2009). Basic elements of narrative. Wiley-Blackwell.
- Hernández, D. y Zarazaga, R. (2025) La narrativa rota del ascenso social. Un estudio sobre las expectativas de los jóvenes de barrios populares. CIAS-FUNDAR
- Mische, A. (2009). Projects and possibilities: Researching futures in action. *Sociological Forum*, 24(3), 694–704.
- Somers, M. R. (1994). The narrative constitution of identity: A relational and network approach. *Theory and society*, 605-649.
- Torre, J.C. (2024). A propósito del impulso igualitario en la sociabilidad política argentina. En: Pereyra, S., Smulovitz, C. y Armelino, M. *Por qué leer a Juan Carlos Torre*. Edhasa, Buenos Aires, 333-345.

Anexo



Entrevistas

N°	Jóvenes de barrios populares		N°	Jóvenes de familias de altos ingresos	
1	Clara (24)	18/07/2024	26	Feliciano (18)	28/11/2024
2	Catalina (19)	06/06/2024	27	Cecilia (20)	30/11/2024
3	Luisa (16)	28/06/2024	28	Manuela (19)	30/11/2024
4	Delfina (19)	03/07/2024	29	Brian (22)	02/10/2024
5	Gastón (19)	03/07/2024	30	Juliana (18)	30/11/2024
6	Héctor (23)	15/08/2024	31	Romina (17)	30/11/2024
7	Luciano (18)	19/08/2024	32	Corina (20)	30/11/2024
8	Camila (21)	20/08/2024	33	Elena (19)	30/11/2024
9	Francisco (22)	20/08/2024	34	Ester (17)	30/11/2024
10	Irene (24)	20/08/2024	35	Brandon (18)	04/12/2024
11	Diego (17)	19/08/2024	36	Eduardo (16)	11/12/2024
12	Sandra (20)	20/08/2024	37	Karina (18)	19/12/2024
13	Mariano (16)	20/08/2024	38	Matías (16)	19/12/2024
14	Violeta (17)	20/08/2024	39	Rosendo (22)	20/12/2024
15	Gianluca (22)	22/08/2024	40	Valeria (20)	20/12/2024
16	Lucila (18)	22/08/2024	41	Sebastián (22)	08/10/2024
17	Lucrecia (18)	22/08/2024	42	Cristina (21)	10/02/2024
18	Soledad (20)	15/08/2024	43	Santino (17)	03/10/2024
19	María (22)	22/08/2024	44	Gustavo (24)	15/02/2024
20	Ramiro (20)	19/09/2024	45	Victoria (20)	30/11/2024
21	Natalia (21)	27/06/2024	46	Patricio (24)	20/02/2024
22	Mateo (18)	18/07/2024	47	Martina (19)	08/09/2024
23	Nora (21)	22/08/2024	48	Silvana (22)	13/10/2025
24	Mariela (18)	27/06/2025	49	Esteban (18)	13/10/2025
25	Carlos (21)	18/03/2024	50	Víctor (24)	08/03/2024

Acerca del equipo autoral

Daniel Hernández

Especialista en políticas públicas. Profesor y vicerrector de investigación y Transferencia del Instituto Universitario CIAS. Licenciado en Sociología de la UBA, Doctor en Sociología por la Escuela Interdisciplinaria en Altos Estudios Sociales de la UNSAM. Profesor de la Escuela de Política y Gobierno de la UNSAM. Se desempeñó como Director ejecutivo del Instituto Nacional de Educación Tecnológica en el Ministerio de Educación de la Nación, subsecretario de Empleo y Capacitación Laboral en el Ministerio de Trabajo de la Nación y director nacional de Políticas Regionales en el Ministerio del Interior.

Equipo Fundar

Dirección ejecutiva: Martín Reydó

Dirección de proyectos: Lucía Álvarez

Coordinación editorial: Juan Abadi

Diseño: Jimena Zeitune

CiAS



www.cias.ar

cias@cias.org.ar

www.fund.ar

info@fund.ar